



CULTURA, POBREZA y COMPROMISO PERSONAL
Hno. RAÚL GONZÁLEZ FABRE S.I.
XIII CONGRESO LATINOAMERICANO DE A.S.I.A

CARACAS, VENEZUELA
9 AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2004

La mayor parte de los países de Latinoamérica -incluso algunos de los más pequeños- poseen una considerable diversidad cultural. Sobre la base indígena -a veces muy heterogénea ella misma- se asentaron los colonizadores ibéricos, que luego implantaron su versión de la civilización europea, trajeron esclavos negros, aceptaron ideas e instituciones inglesas, francesas, norteamericanas y alemanas, hicieron la independencia, y recibieron desde el mismo siglo XIX nuevas migraciones europeas. Últimamente hemos visto aquí y allá tanto emigraciones masivas de nuestros jóvenes al Primer Mundo como grandes flujos de población entre países latinoamericanos. Y por todas partes hemos recibido la influencia cultural del mundo desarrollado a través del sistema educativo, los medios de comunicación, las empresas transnacionales y los bienes materiales.

América Latina es pues un continente mestizo de continuos transvases e influencias culturales mutuas. Sin embargo, se trata de un mestizaje asimétrico. Casi en cada país es posible relacionar a las élites dominantes con ciertas culturas - las más occidentalizadas - y a las masas populares con otras culturas -las indígenas y negras, y los mestizajes entre ellas-. Luego la migración masiva del campo -americano o europeo- a nuestras grandes ciudades ha acentuado la asimetría entre personas que viven en el mismo espacio, pero en posiciones sociales y sobre tradiciones culturales muy diferentes. Esto plantea un problema serio para la acción colectiva -la capacidad de construir juntos la vida, parte de la cual consiste en crear eficientemente riqueza y distribuirla con justicia-. No es evidentemente lo mismo intentar el desarrollo de un país donde pobres y ricos comparten sustancialmente la misma cultura, que hacerlo en un país con quiebres culturales de siglos sobre los que se asienta una dominación también secular.

Sobre la base de esta brecha cultural interna tenemos una segunda que podríamos llamar externa. Resulta que hemos asumido como proyectos nacionales la modernización de nuestras sociedades pero, con pocas excepciones, nuestras bases culturales propias - tanto las europeas como las indígenas y las negras - son premodernas.

Concentrándonos en el hecho más significativo, en la mayor parte de Latinoamérica ha resultado especialmente difícil hacer funcionar el Estado de derecho. La Ley es el manual de funcionamiento de una sociedad moderna, las reglas de juego que permiten a cada uno saber lo que le cabe esperar de los demás en las relaciones abstractas, y descargarse de la preocupación por cómo actuarán los otros para concentrar sus afanes en tareas más productivas. Pero en Latinoamérica la Ley cede con demasiada frecuencia ante la conexión personal o el interés privado de individuos o grupos. Ello ocurre a nivel macro, cuando un grupo logra hacerse con el poder del Estado e imponer su interés dictatorialmente a los demás, pero más preocupante quizás

es su difusión micro-social, la infinita serie de pequeños eventos cotidianos en que una regla es violada sin consecuencias para el trasgresor. Cuando se alcanza un punto crítico, el desorden resultante bloquea la acción colectiva, genera inseguridad e inestabilidad social, y acaba frenando o inhibiendo también la iniciativa individual. Con el tiempo, ello produce las erupciones socio-políticas a que estamos habituados. La lista de países latinoamericanos que durante los últimos años han sufrido crisis mayores de estabilidad política es expresiva: Colombia, Bolivia, Perú, Ecuador, Argentina, Paraguay, República Dominicana, Venezuela... La Comunidad Andina de Naciones tiene en este momento el dudoso privilegio de ser la región más inestable del mundo. Evidentemente, si sostenemos el proyecto de modernizar nuestras sociedades, pero a la vez nuestras acciones cotidianas impiden la construcción de sistemas modernos de relaciones, el resultado no puede ser más que la parálisis social y la frustración. En ocasiones he sostenido que el debate entre derecha e izquierda en Latinoamérica llega a asemejarse a una discusión de borrachos sobre la dirección que debe tomar un carro al que no le funciona el motor. Ese motor es el Estado, instrumento por excelencia de la acción colectiva, y si no funciona, es vano discutir sobre cómo deberían ser unas políticas públicas que resultarán siempre distinto a lo planeado.

Esta es una dificultad transversal, que involucra a la mayoría de los países -salvo algunos como Chile, tal vez Costa Rica y Uruguay- y a la mayoría de sus habitantes -salvo muy pequeñas minorías fuertemente extranjerizadas. En particular, involucra a las élites, que son los mejor conectados y los que más influencias tienen. Ciertamente las hacen valer desde tiempos de la Colonia para situarse por encima de la Ley -la cual, como ustedes saben, se acata pero no se cumple-. En esto, a menudo los pobres son más modernos que los poderosos, siquiera sea porque dependen más de que las cosas funcionen como dice el manual, y aspiran por tanto a ello con más fuerza.

Pues bien, la confluencia de estas brechas culturales resulta en una dificultad extraordinaria de la acción colectiva en Latinoamérica. En términos económicos podríamos hablar de costos transaccionales para los agentes y niveles de riesgo-país muy altos. En términos políticos, de la precariedad de las instituciones, la tendencia a tomar atajos populistas y la inestabilidad de las democracias. En términos sociales, de la fragmentación de las grandes ciudades, el quiebre de la convivencia en los vecindarios, la emigración creciente... Producir eficientemente y distribuir con justicia lo producido requiere de unos niveles mínimos de cooperación social y de eficacia institucional que se fundan en la confianza sobre el comportamiento cotidiano del otro. Cuando esos niveles no son alcanzables por razón de dificultades culturales, situadas por tanto dentro de cada persona y en el corazón de la sociedad, el resultado es la ineficiencia de la producción y la injusticia en la distribución. Esto es, la pobreza se hace endémica. El concepto con el que últimamente se ha resumido la vinculación entre cultura de relaciones y desarrollo, es el de capital social. En la definición del Banco Mundial, se trata de:

Las instituciones, relaciones y normas que conforman la calidad y cantidad de las interacciones sociales de una sociedad. La cohesión social es un factor crítico para que las sociedades prosperen económicamente y para que el desarrollo sea sostenible. El capital social no es sólo la suma de las instituciones que configuran una sociedad, sino que es asimismo la materia que las mantiene juntas. En pocas palabras, el capital social consiste en poder contar con los demás para llevar adelante proyectos juntos. La materia que cohesionan a las instituciones es la confianza. Confianza debe entenderse aquí no

como una acción -confiar en el otro- sino como una cualidad -ser uno mismo confiable- sobre la que se construyen relaciones productivas y justas.

Las sociedades latinoamericanas padecen un déficit considerable de capital social que, no importa de cuánto capital físico, financiero y humano dispongan, es capaz de frenar el desarrollo, tanto impidiendo el crecimiento sostenido como introduciendo desequilibrios distributivos insalvables, destinados a transmitirse de generación en generación. El capital social, como las otras formas de capital, se reproduce a sí mismo, de manera que experiencias positivas de colaboración llaman a nuevas colaboraciones y las experiencias negativas bloquean iniciativas, destruyen relaciones y esparcen la desconfianza mutua. En este momento, el signo general de la dinámica es negativo en muchas sociedades latinoamericanas: se está destruyendo en vez de creando capital social.

El proyecto histórico latinoamericano sigue siendo la modernización. La Modernidad ha demostrado una gran eficiencia en la producción y -Europa Occidental lo muestra-puede llegar a ser aceptablemente justa en la distribución. Esa es al menos la convicción de los jesuitas desde que la CG32 definió nuestra misión en términos de defensa de la fe y promoción de la justicia. Si hay alguna contradicción entre producir con eficiencia y distribuir con justicia, ciertamente en Latinoamérica no hemos llegado aún al punto en que esa contradicción aparece. Más bien al contrario, la injusticia de nuestras distribuciones disminuye la eficiencia de nuestra producción, y viceversa.

La creación de capital social, la inducción de dinámicas positivas en que las personas se vinculan según reglas para producir con eficiencia y distribuir con justicia, no es sólo tarea de la macro política. Es en realidad una tarea de escala cultural. Su lugar es todo aquel en que las brechas culturales estén rompiendo la posibilidad de creación y apropiación colectiva de la vida. Puesto que los fenómenos culturales son capilares, ocurren en la cotidianidad e informan las relaciones sociales básicas, hay una tarea de creación de capital social también a escala personal.

¿En qué consiste esa tarea? ¿Cuál es el perfil del compromiso personal que la realiza? Si las grandes brechas culturales que tienden a paralizarnos y perpetuar la pobreza son dos, el perfil de nuestro compromiso ha de ser bidimensional. En una primera dimensión, debemos cumplir personalmente la Ley -aunque por nuestra posición bien pudiéramos torcerla a nuestro favor - y exigir su cumplimiento de los demás. Si la Ley se cumple, la eficiencia del Estado mejora, y con ella automáticamente la posición de los pobres. Porque son los pobres quienes apenas tienen más educación, salud, seguridad y ciudadanía de la que produce el Estado. Un Estado ineficiente es, antes que nada, una tragedia para los pobres. Así pues, cumplir la Ley nosotros, asociarnos con otros para hacerla cumplir y para controlar que la acción del Estado se ajuste a la Ley, exigir a nuestros conciudadanos - pobres incluidos - que la cumplan, ésta es la primera dimensión del compromiso personal cotidiano que debe esperarse de un antiguo alumno de los jesuitas. Ese compromiso puede muy bien realizarse en asociación con las víctimas primeras de la inoperancia institucional, los pobres mismos.

La segunda dimensión consiste en tender puentes por encima de las brechas socio-culturales de nuestras sociedades. En concreto, articular organizaciones y redes donde profesionales, empresarios y políticos interactúen en pie de igualdad con comunidades populares, en orden a la construcción de una sociedad productiva y justa

para todos. Esto significa producción social de educación, salud, seguridad y ciudadanía que llegue adonde el Estado no llega y, sobre todo, que llegue de una manera muy distinta a como suele llegar el Estado populista, paternalista y clientelar. Se trata de producir en todos la experiencia de que es posible cooperar por encima de las diferencias: reunificar las ciudades escindidas en urbanizaciones y barrios, compartir el tiempo y las celebraciones, conseguir que en nuestras universidades haya muchachos de todas las clases sociales, extender a todos las formas básicas de aseguramiento, rehacer la ciudadanía como vivencia inclusiva. En suma, crear lazos estables de confianza y colaboración entre las clases sociales, los grupos étnicos y las tradiciones culturales. Que cada lado sepa que puede contar con el otro, y cómo hacerlo. De esta experiencia no sólo están necesitados los pobres. También lo estamos nosotros, quienes tal vez sentimos miedo cuando vemos acercárenos un muchacho pobremente vestido en una calle solitaria.

Estas dos dimensiones pueden ser leídas a escala política pero, debemos insistir, si van a responder a la entidad cultural del problema, exigen de nosotros también un compromiso directo. Los puentes se tienden primero a través del contacto entre personas. La reconstrucción de la experiencia fundamental de poder contar con el otro en nuestras sociedades fragmentadas, pasa por el contacto personal entre los que son diferentes para desarrollar juntos iniciativas valiosas.

Ese contacto debe apuntar más allá de una mera experiencia personal satisfactoria, hacia la construcción de redes sociales: cada cual articula en torno a sí otros contactos suyos, y al final la trama pasa de la escala micro a la macro-social. Cincuenta organizaciones en una red hacen más de mil doscientas relaciones de apoyo mutuo entre esas organizaciones, posiblemente centenares de miles de vínculos entre sus participantes. Si en esa red está ocurriendo la experiencia de producir eficientemente algo valioso entre todos y distribuirlo con justicia de acuerdo a reglas acordadas y respetadas por todos, ello constituye la experiencia de construcción de Modernidad que estamos necesitando. Será fácil que quienes viven esa experiencia -no importa cuál sea su extracción social- la difundan y la exijan en otros ámbitos relacionales. 'El bien se difunde por sí mismo', que decía Santo Tomás. La pobreza estará en camino de erradicación, y nuestras sociedades se alejarán de la frustración histórica nacida de los dos bloqueos culturales que mencionamos.

Así pues, si se entiende como creación de capital social por encima de las brechas culturales, y no meramente como acción individual, hay un continuo que nos lleva del compromiso personal a la transformación social. La fuerza transformadora de un compromiso personal inteligente y respetuoso del otro, puede ser enorme.

Pregunta: Si tiene alguna experiencia personal de construcción de redes sociales que involucren personas de distinta extracción socio-cultural, nárrela al grupo. **¿Cómo podría crear o potenciar experiencias de este tipo a partir de su situación personal?**